

art buchwald

ADIOS AL PODER

WASHINGTON.—El poder, ese opio del pueblo con sede en Washington, empieza a deslizarse de las manos de la vieja Administración y a ser agarrado por la nueva. Hay síntomas diarios del cambio. Por ejemplo, el otro martes estaba yo en el restaurante «Sans Souci», que es el sitio donde almuerza normalmente la estructura de poder de la Casa Blanca. Llegó uno de los ayudantes del presidente Johnson y fue conducido hasta su mesa habitual. Se sentó allí, solo, durante un par de horas. La persona con quien se suponía que iba a almorzar no se presentó.

El hombre que almorzaba conmigo —que ha sobrevivido a muchos cambios de Administración— movió su cabeza triste y dijo: «Pobre infeliz, creo que están tratando de decirle algo...».

—¿Es así como ocurre normalmente?

—Algunas veces le quitan la reserva de mesa antes de que llegue. Así nadie sabe que fue desdénado en el almuerzo. Pero como lo han hecho, todo el mundo lo ve.

—Pero suponga que la otra persona realmente no pudo venir...

—Usted no comprende. Si usted tiene poder, la persona se presenta en cualquier caso. Es otro el desdénado. Pero si ya no tiene poder, le toca a usted aguantarse. Está mirando hacia acá y sonriendo. No se le ocurra devolverle la sonrisa.

—¿Pero si es mi amigo! —protesté—: si me sonríe tengo que sonreírle también.

—El no desea que usted le responda a su sonrisa. Lo que quiere es que le invite a sentarse con nosotros, de modo que parezca que no ha sido desdénado. Pero no podemos hacerlo.

—¿Por qué no?

—Usted no sabe nada acerca de esta ciudad, ¿verdad? Suponga que corre la noticia de que usted almorzó con él... pocos días antes de la toma de posesión de la nueva Administración.

—Bueno, se trata de una persona decente aunque pronto abandone su cargo oficial.

—¿Y eso qué importa, estúpido! Tenemos que lidiar con nuevos tipos en la Casa Blanca, y si creen que tenemos algún lazo con la otra Administración no confiarán en nosotros. Si quiere usted todavía algo con ese período, retírese con él en una cafetería y no me envuelva a mí en esto. Yo tengo una posición que defender.

—¿Quiere usted decir que los miembros de la nueva Administración no confiarán en nosotros si saben que invitamos a una taza de café a alguien de la anterior?

—Lo que quiero decirle es que todo el mundo en este restaurante sabe lo que está pasando. Ciertamente, sería algo noble y valeroso decirle a ese individuo: «Venga, tómese una copa de coñac con nosotros». Y hasta puede haber algunas personas que nos admiraran por eso. Pero la mayoría opina como yo. El hombre vino solo, déjelo solo.

—Pero parece tan cruel...

—El gobierno es crueldad, amigo mío. Pero él no saldrá perjudicado. Probablemente ganará cien mil dólares anuales cuando deje la Casa Blanca, sin contar con medio millón por un libro y, además, ingresos por conferencias. No va a morir de hambre.

—Pero la idea de que nadie querrá almorzar con él... ¿No podría ir a su mesa para despedirme de él?

—Yo no correría ese riesgo. Acaba de entrar Herb Klein —dijo mi amigo, saludando con entusiasmo a Klein, nuevo agregado de prensa de Nixon—. «Hola, Herb, muchacho: ¿Cómo estás?». Y me dijo: «Salúdele agitando la mano. Tal vez se acerque un minuto. No nos perjudicará en nada si lo hace...».

Con la excitación del momento, mi amigo de la Casa Blanca se levantó y abandonó el restaurante. Nadie más que yo notó su partida.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—New York-Agencia Zardoya.)

LIBROS

Un «kennedista»: J. M. de Areilza



Director general, primero, diplomático después durante muchos años —1947—, embajador en capitales-clave como Washington y París, José María de Areilza, conde de Motrico, acaba de publicar, en Guadiana, sus «Escritos políticos». El temario del libro, muy amplio, no se refiere sólo a España, Norteamérica, con su ancha problemática, ocupa buena parte de la selección, y también la Europa del Mercado Común merece atención especial. Pero resultaría obvio subrayar que, para el lector español, es el enfoque sobre nuestro país, a través de una serie de estudios apresuradamente realizados, pero significativos, lo esencial en este libro diverso. ¿Por qué? La respuesta también es obvia para que siga al día el veloz desarrollo de los acontecimientos políticos en los últimos tiempos, aunque muchas veces tal velocidad no aflora a los medios de comunicación debidamente expresada. Areilza representa, no hace falta decirlo, una corriente muy concreta dentro del llamado «contraste de pareceres», bien definida y con unos propósitos perfectamente marcados. El es, tal vez, el más genuino intérprete de la línea que podríamos denominar «aperturista», o bien «liberal», dentro del esquema oficial, aunque en ocasiones parezca llegar justamente a sus límites. Monárquico declarado, encarna, dentro del ámbito político elegido, una de las posturas más «avanzadas» (hay asimismo otras en distintas direcciones). Yo me atrevería a entenderlo como un «kennedista», no tanto por su análisis de la política emprendida —y nunca cumplida— por la «nueva frontera» norteamericana, como por sus criterios personales aplicados a otras realidades. Un «kennedista» monárquico, que en nuestras coordenadas no es ningún contrastado, que deflende un evolucionismo rápido hacia formas más fluidas, una política exterior muy ágil y una política interior que no hace muchos años podría haber sido calificada, de acuerdo con el léxico a la moda entonces, como «comprensiva» frente a la que defendía —¡oh, paradoja!— Rafael Calvo Serer, bautizada como «excluyente», según hemos recordado en oportunidades anteriores.

Pero no se juzgue este libro de

Motrico como una plataforma política. Si hay que decir, sin embargo, que a través de sus páginas se dibuja con precisión una actitud total ante la circunstancia política de este tiempo, con perfiles peculiares dentro de un monarquismo de vastas fronteras. «Escritos políticos» no formula expresamente un programa, pero traza, para el que sepa leer, la silueta de una personalidad pública con claras aspiraciones. Lo recomendamos a cuantos se interesan por los avatares últimos de la política española, cualquiera que sea la tendencia a que se adscriban. Y lo hacemos a pesar de que en la mayoría de los puntos tratados nos hallemos en pleno desacuerdo con el autor.

Los movimientos obreros en Europa

Abundan los estudios sobre el movimiento obrero europeo. En su mayoría, responden a criterios de orden político y los análisis están marcados por las matizaciones impuestas por los mismos. No hubiera podido suceder de otra manera: la historia del movimiento obrero discurre dialécticamente entrelazada con la historia de los conflictos políticos, y no sigue derroteros separados en ningún momento de su curso. Está condicionada por las luchas políticas, y a la vez las condiciona. El método a que obedece el ensayo «Historia social del movimiento obrero europeo», de Wolfgang Abendroth, se basa en estos ineludibles supuestos. Su enfoque es, por tanto, totalizador. Los hechos políticos y los sociales aparecen internamente vinculados, determinándose recíprocamente. La ventaja del estudio de Abendroth radica en su estilo claro, directo, periodístico, y, aunque a veces se deslicen en el texto juicios de valor, provenientes de una evidente toma de posición, en general el panorama que presenta resulta observado con la suficiente distanciamiento para que el lector pueda enjuiciar por sí mismo cada dato o cada conjunto de datos, dentro de un contexto muy bien trazado y definido. Abendroth es profesor de Ciencia Política en la Universidad de Marburgo, y su obra reviste una indudable eficacia pedagógica. Puede preverse, en consecuencia, que ha de alcanzar una larga difusión en su versión española. ■ E. G. R.

